

Francisco Monterde

Carlos Solórzano

Recuerdo a don Francisco Monterde hace medio siglo, cuando era yo un estudiante adolescente en San Cosme, la escuela que se había llamado anteriormente Altos Estudios y que después recibió el nombre de Facultad de Filosofía y Letras.

Impartía don Francisco la cátedra de Literatura mexicana y, por esos años, se doctoró en Letras con un estudio acerca de la obra de Agustín F. Cuenca, poeta mexicano menospreciado hasta entonces y a quien Monterde dio una justa valoración. No quiso cobijarse el maestro Monterde bajo la sombra de los poetas renombrados: Othón, Díaz Mirón o José Juan Tablada, quienes eran los preferidos para escribir tesis de grado.

En la cátedra de Literatura mexicana que él inauguró en la Facultad podía apreciarse la especial predilección de su espíritu por mantener la justeza en el juicio, sin exaltaciones laudatorias ni valoraciones que pudieran disminuir el prestigio de las figuras antes enaltecidas dentro del marco de la literatura nacional.

Esa misma justeza podía también advertirse en la transparencia de su prosa, en la medida siempre melódica con que alternaba las frases largas (trasunto de los endecasílabos y alejandrinos) con las sentencias breves que recordaban el verso de siete sílabas. Trabajado con esmero y disfrute de su oficio de escritor, publicó por entonces su libro titulado *Moctezuma, el de la silla de oro*, en el que el autor probaba que un tema nunca está agotado si cae en manos de un escritor capaz de trabajar la prosa como un artifice labra sus metales. También por esos años dio a la luz su breve obra teatral *Proteo*, en la que el protagonista, ya desaparecido, regresa a la tierra a vivir la verdad de su papel. Monterde se hacía eco de un teatro que es reflejo de un reflejo, fábula que no es necesariamente real, sino más bien una realidad en potencia, en posibilidades, en acontecer más presentido que observado.

En los años a los que me refiero fui asistente de la cátedra de don Francisco Monterde (sé que otros lo fueron también después). Mi ayuda estaba motivada por razones de difícil empleo del tiempo del maestro: él daba clases en la preparatoria de cuatro a cinco de la tarde y su curso de Literatura mexicana estaba anunciado en la Facultad de cinco a seis. Resultaba imposible que don Francisco pudiera ser puntual, a pesar de su culto por la exactitud. Y fue así como, durante los veinte minutos que empleaba el tranvía en que siempre viajaba para hacer el recorrido de San Ildefonso a Mascarones, yo pasaba lista, explicaba o ampliaba los temas que él había expuesto en la clase anterior y, al

llegar el maestro, pasaba a ocupar mi lugar entre mis compañeros estudiantes.

Ermilo Abreu Gómez dijo que don Francisco Monterde “no fue ni envidioso ni envidiado”. Y fue en verdad un hombre justo, en medio de la tormenta que suele desatar la envidia en la *República de las letras*.



María de los Ángeles Moreno Enríquez.

María de los Ángeles Moreno Enríquez

Guadalupe Avilez Moreno

Sin duda referirnos a la doctora María de los Ángeles Moreno Enríquez (1918) es motivo de orgullo para la Universidad y, en particular, para el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Luego de repartir su educación básica entre México, París, Londres y Suiza, comenzó aficionándose por las ciencias; pasó cuatro años estudiando en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas. Sin embargo, no sería esa su vocación definitiva. Muy pronto se sintió atraída por las humanidades, y siguiendo esa inclinación de su sensibilidad, comenzó una larga carrera académica que incluyó cuatro posgrados nacionales y extranjeros; en México obtuvo dos doctorados, en Letras e Historia respectivamente. Más tarde marchó a Estados Unidos, donde cursó una maestría en Artes (Literatura y Antropología). Una vez que consiguió el grado en la Universidad de Carolina del Norte, continuó sus estudios en la Universidad de Columbia, en Nueva York, en la que hizo un doctorado en Historia del arte. Finalmente se desplazó a París, donde ganó un *Agregeé ex-lettres*.

Como es natural, esta pasmosa preparación la capacitó inmejorablemente para impartir numerosos cursos, desde 1945, a nivel licenciatura y doctorado. Su trayectoria docente pasó de Mascarones a la Ciudad Universitaria, gozando del aprecio de incontables alumnos tanto de letras como de historia.

Entre la casi interminable lista de cursos y seminarios que la doctora Moreno ha acumulado a lo largo de su carrera, se cuentan clases de literatura norteamericana, francesa y mexicana; talleres de traducción, conversación, composición y redacción; cursos generales de *Mexican Folk Arts* y, en el terreno de las artes plásticas, la doctora ha enseñado arte precolombino, colonial y moderno; pintura prehispánica, novohispana y contemporánea; además, tomó en sus manos la tarea de impartir materias como Arte español, Pintura española del Renaci-